

LOS AMORES QUE NO CALLAN

De Agustín García Aguado

Dios Santo, ¿qué le digo a este maldito cuando venga de la cunda de Embajadores oliendo a *Varon Dandy* y a rata muerta? Querrá su cena servida en la mesa, sus cervezas cinco estrellas bien frías y, cómo no, me querrá a mí como postre, pero esta noche se va a encontrar con la horma de su zapato. Lo juro por la hija que no me dejó tener por culpa de sus redaños de hombretón sobrado, y lo juro por la memoria de la Merche que todavía se estará revolviendo bajo tierra, maldiciendo la hora de haberse metido aquel jaco blanco en vena. La Merche sí que sabía vivir. Se levantaba como un cohete de la cama, si no le apetecía hacérselo con su hombre, y se largaba a la calle para mirar las estrellas de la noche y reconciliarse con su madre muerta que, según decía, le hablaba en voz baja igual que hablan las madres a sus hijas cuando quieren tenerlas cerca. Entonces su compañero, el Churi, aparecía con un Ducados en la boca, medio desnudo, y amenazaba con hacer chuletas de la Merche si no volvía al redil para terminarle la faena. Yo me reía mucho de aquel tipo cojo que arrastraba las palabras con un deje de falsa humildad. Es pura fachada para ablandarte, me decía mi amiga. Jamás le dije que su dama revoloteaba tras las cortinas del salón como una polilla de armario, jamás. Se creía el rey del mambo porque era la mano derecha de un comisario de policía que armaba mucho jaleo en el barrio con sus redadas y sus negocios poco claros, pero en el fondo solo era un gramo de hombre que no servía ni para descalzar a una mujer. Menos a la Merche, que buscó en él seguridad, alguien que le diese su dosis por el morro y no le pusiera caras raras cuando le daba la vena de sacar su cuaderno de tapas azules y hacer poesías para arreglar el mundo. Como ya he dicho mi hombre esta noche querrá sarao. Siempre me viene de frente como un toro de lidia. Mujer esto, mujer lo otro y, después de cenar, le apetecerá quedarse en el sillón del comedor viendo la tele y tocándome las tetas para calentar motores. Pero hasta aquí ha llegado la broma. Esta mañana, mientras rebuscaba en los contenedores de los *Dia*, he visto de refilón los ojos de Pope, mi compi del cole y mi primer amor, y me he dicho: *Sanseacabó lo mío con el Santi*. Espero que no me haya reconocido. Me moriría de la vergüenza si supiera que aquella mocosa que le hizo creer en dioses alados y en hadas pizpiretas, es ahora una princesa destronada por la mala vida, con brazos y piernas que parecen coladores de redecilla con tantos agujeros. Y es que la vida da muchas vueltas. Si no hubiera aceptado aquel trabajo por tres mil del ala en el

club *La Sirena Varada* que me ofreció la Nati, si hubiera escuchado a mi madre que ya me había buscado un puesto de dependienta en una mercería... A veces siento que todo es como un río que se desborda por la lluvia hasta desembocar en un mar de tristezas y sufrimientos. Eso hubiera dicho la Merche con su palabrería jacarandosa, Dios la tenga en paz. Vuelvo a pensar en Pope; comparo su mirada limpia, el recuerdo de sus ojos claros que alumbraban mi corazón inocente, con la salvaje mirada del hombre que me posee como un título en propiedad, y me entran náuseas y hasta siento una nostalgia por lo no vivido que se me clava como un arpón dentro de las entrañas.

Pescadilla en cama de verduritas de la huerta. Todo un plato de chef francés para contentar al señor de la casa. Primero cortaré en juliana la verdura, pocharé las chalotas y, al cabo de unos minutos, añadiré un vaso de vino blanco y dos deditos de ese líquido blancuzco que, según me han asegurado, hace milagros. Estará para chuparse los dedos. Le recibiré, además, en *deshabillé* y mostrando esa sonrisa domesticada que sé que le pone a cien y le deja carita de boxeador noqueado. Es todo lo que puedo hacer para recobrar la paz y buscar mi sitio en el mundo. La Merche se ha pasado toda la tarde cocinando conmigo, me ha contado secretos de ultratumba y hasta hemos reído como niñas mientras brindábamos con champán y nos pintábamos de *rouge* los labios para parecer más guapas y deseables. Luego, hemos puesto el mantel de hilo, la cubertería de alpaca y cuatro copas de cristal tallado. *Es mejor que la muerte, cuando venga esta noche, vea que en esta casa hay estilo y un savoir faire*, ha dicho mi amiga con socarronería antes de asentar sus reales invisibles en la silla de invitados. También esperamos que asista Pope (vendrá en calidad de testigo de mi nueva existencia y no espero sino complicidad por su parte), así que seremos cuatro para cenar y solo dos para morirnos de retortijones de estómago. La Merche ya me ha prometido el paraíso terrenal cuando abandone este mundo. Dice que allí también hay folletos como en las agencias de viajes y que se puede escoger libremente el régimen de alojamiento.